

La explicación «científica», basada en varios estudios *yanquis* y alemanes, le parece hartamente convincente, tanto más que el sesudo director se mostraba bien pertrechado de dialécticas marxistas. Así, al explicar el programa de enseñanza para los obreros en aquel instituto, se desliza un propósito que contraría al poeta:

— El principal propósito de nuestra enseñanza consiste en hacer lo más automático posible el trabajo, el cual debe ser ejecutado con el mínimo de raciocinio...

— Es decir, ¿ustedes tratan de convertir al hombre en autómeta, como en los Estados Unidos y demás países capitalistas?

— Sí. La técnica socialista persigue eso que usted dice. [...] El trabajador ha de ejecutar su labor del modo más automático posible. Sus actos deben realizarse por sí solos y no deben costarle ningún esfuerzo de *raciocinio*.

El poeta parece, en ese momento, cambiar de opinión y requiere información sobre algún otro factor nuevo en la «técnica socialista».

— ... el cronometraje. A medida que el trabajo es más automático, se ejecuta con mayor rapidez. La economía de tiempo es más considerable cuanto menos interviene el raciocinio en el trabajo. Esta es ya una verdad primaria.

De aquí en adelante, César Vallejo ya no es un opinante, admite cosas que nunca había sospechado, tal como «la racionalización —aumento de productividad de la máquina con el menor número de obreros— se ajusta en régimen capitalista a leyes intrínsecas y justas de la dialéctica mecánica». Y, por encima de esto, que «la racionalización en el trabajo soviético se desenvuelve... paralelamente a lo que se hace en el trabajo *norteamericano*». Los enredados razonamientos que el doctor Goldberg hace lo dejan al poeta, en apariencia, completamente inerte.

En algunas cavilaciones publicadas en *Contra el secreto profesional* se vuelve a encontrar el aserto de ese doctor Goldberg de que «en régimen socialista, nadie quiere vencer a nadie en competencias del mercado»:

Muerto el capitalismo e instaurado el socialismo, el hombre cesará de vivir comparándose con los otros para vencerlos. El hombre vivirá entonces, solidarizándose y, a lo sumo, refiriéndose emulativa y concéntricamente a los demás. No buscará batir ningún *record*. Buscará el triunfo libre y universal de la vida.

O bien le resulta aplicable a su técnica poética:

«Mi técnica está en continua elaboración» según Mariátegui. Como la técnica industrial y la racionalización de Ford.

César Vallejo da, a esta altura, muestras de cautela y reserva todo comentario para una fecha *sine die* cuando oye al director del Sindicato textil soviético discurrir «con una dialéctica precisa»:

— Nuestro Sindicato es una organización de Estado. Su capital, que es ahora de 36 millones de rublos, es del Estado. Su personal director, administrativo y profesional, está compuesto de funcionarios públicos. Su mecanismo está encauzado y dirigido por razones, intereses y conveniencias de Estado.

[...]

<sup>25</sup> César Vallejo, *Contra el secreto profesional*. Barcelona, Editorial Laia, 1977.

— ¿Es una forma de monopolio del Estado?

— Como usted quiera.

Los marxistas del siglo pasado pensaban que con la aparición del socialismo desaparecería el Estado, este amo sin rostro que impera sobre las masas. Sólo que, tal como lo habían ya profetizado todos los teóricos del anarquismo, el Estado se ha hecho omnipotente, un invisible grifo que inspira terror, el «ogro filantrópico» —como lo llama Octavio Paz—. Todos los aspectos de la vida social y económica están en manos del Estado. El Estado decide, da o quita. El Estado soviético tiene un Banco. ¿Un Banco?

Sí. Un Banco. Pero uno solo. El Banco del Estado. [...] Su capital y su administración son del Estado. Sus fines son también igualmente de Estado, [...] Retened, señores gobernantes y banqueros, este rol simple y único del Banco soviético. [...] Dentro del Banco del Estado soviético no hay ni un solo *kopec* de ningún particular, ni nadie saca de él un *kopec* por concepto de utilidades.

Al preguntar Vallejo a un obrero ruso cómo calificaría su vida y qué salario recibía y si éste le bastaba para vivir, la respuesta vino para tranquilizarlo:

— Lo suficiente. Mi vida es sobria, como la de todos mis compañeros, como la del mundo entero en Rusia. El Soviet establece los salarios según las necesidades reales y racionales del proletario. Es el Estado el que crea y dosifica esas necesidades, conforme a las posibilidades económicas de que dispone para fijar salarios. [...] En cuanto a nuestro hijo, que tiene apenas tres años, el Estado se ocupa de él.

La primera impresión, irreflexiva y engañosa, es que la gente se siente satisfecha y afortunada, y que sólo un lego no puede comprender los beneficios de una dictadura de Estado. Pero este Estado había liquidado la sociedad rusa, esclavizado a los campesinos y a los obreros, exterminado a sus rivales políticos, asesinado a sus críticos y, por encima, había creado una nueva clase dominante.

Difícil es saber si Vallejo estaba candorosamente equivocado o cuáles habrán sido sus reflexiones íntimas al declarar que el objetivo del capitalismo de Estado «se patentiza con el *standard of life* actual del obrero ruso, que es mejor y más saneado que el del obrero capitalista», o bien que «el Soviet conduce al porvenir», cuando en realidad conducía al patíbulo. Su fanatismo se pone de relieve al ponerse en contacto, por casualidad, con dos obreros simples, dos ferroviarios, que no formaban parte del itinerario establecido, en su «afán de explorar en lo posible la opinión, estado de espíritu y género de intereses de los diversos sectores sociales rusos...»

— Nosotros no sabemos nada. Somos simples obreros. Nada tenemos que ver con la política.

*Me doy cuenta en el acto de que me hallo ante gente reaccionaria.* [...]

— ¿Y del Gobierno?

— Eso no nos va ni nos viene... Porque Stalin y sus secuaces son tan déspotas y tiranos como fueron los zares o peor.

— Es la dictadura proletaria.

— No lo sabemos. Lo que sabemos es que la revolución no nos ha traído la libertad, como muchos lo imaginaban, sino la esclavitud más descarada y cínica.

Todas estas palabras displicentes e increíbles tuvo que oír el poeta, turista que ya sabía *la realidad* soviética antes de emprender el viaje, pero él supo encontrar una exculpación:

No hay, pues, que escamotear el sentido histórico y jurídico de las *represiones* del Gobierno ruso, represiones que los enemigos del Soviet exageran y desnaturalizan criminal y tendenciosamente.

Tanta era su fe en el Soviet (o sea el CC del PC(b)US y su Secretario General, camarada J.V. Stalin), que la creencia en esta sociedad superior no se vio en nada menoscabada. Al parecer, el poeta había ya descubierto la raíz del mal —no en los infalibles dirigentes del Partido o la élite de la *Nomenklatura*, desde luego, sino más abajo— en:

... ¡El funcionarismo subalterno soviético!... Una plaga de parásitos y de traidores, de déspotas e ineptos, procedentes en su mayoría de los antiguos cuadros zaristas y de otros sectores extraños (¿?) y hasta enemigos del mismo Soviet.

Y César Vallejo, «escritor sin partido» —como solía presentarse—, da prueba de un alto nivel de conciencia de Partido cuando sugiere:

Realmente, Stalin y sus compañeros deberían extirpar cuanto antes, y *cueste lo que cueste*, una tamaña epidemia social...

Ahora bien, Stalin ya tenía establecido el lema de «la guerra de clase despiadada» y, entre 1928 y 1933, el número de «reaccionarios» (sin distinción de su pertenencia al Partido) extirpados de la faz de la tierra no pudo contarse (aunque datos soviéticos más recientes establecen una cifra mayor de 10.000.000). Mas esto no significa que Vallejo estaba al tanto de esta realidad, como tampoco estaba, en 1934, el escritor inglés H.G. Wells que neciamente declaró después de una entrevista con Stalin: «I have never met a man more candid, fair and honest».<sup>26</sup>

Puede hacerse un gran debate entre los historiadores del régimen soviético en torno al silencio letal que supo imponer Stalin, pero cabe tenerse en cuenta que ya en el decimosexto Congreso del PC(b)US, que tuvo lugar en Moscú, en 1931, nadie se atrevió a criticar la sabia dirección del Secretario General, aunque el país entero pasaba tremenda hambre. Trotsky ya estaba eliminado y expulsado; era «la Victoria de la línea del Partido». La policía secreta del Partido, la GPU (continuadora de la *Cheka* de Lenin) estaba cazando fervorosamente a los que no tenían las mismas opiniones que Stalin, o sea los *contras* (ya que el que tenía otra opinión, estaba *contra* el Secretario General, *contra* la revolución, en suma era un *contra*). Por veinte años más, el Generalísimo Stalin supo hacer desaparecer muchos otros millones de *contras*, bajo varios nombres: *nepmen*, *kulaks*, anarquistas, oficiales y generales del Ejército Rojo, antiguos compañeros revolucionarios —rusos o extranjeros—, judíos, tártaros, ucranianos, prisioneros de guerra de cualquier nacionalidad y hasta su propia esposa.

El primero en hablar de los campos de concentración soviéticos —que ya existían en la época de los viajes de Vallejo a la URSS— fue el escritor mexicano Octavio Paz en una nota publicada en el número 197 (marzo de 1951) de la revista *Sur* de Buenos Aires. Este texto era el comentario final a una selección de testimonios y documentos sobre esta ignominiosa red de campos de muerte que hoy todavía existe —aún más ampliada— con el nombre de *Gulag*.<sup>27</sup> Apenas el 22 de noviembre de 1962 entra en la lite-

<sup>26</sup> En Adam B. Ulam, Stalin, The Man and his Era. New York, The Viking Press, 1973, p. 359.

<sup>27</sup> *Glávnoe Upravlenie Ispravítelno-Trudóvíj Láguerey*.